



PSIENCIA. Revista Latinoamericana de
Ciencia Psicológica

ISSN: 2250-5490

contacto@psiencia.org

Asociación para el Avance de la Ciencia
Psicológica
Argentina

Mozobancyk, Schelica

PROBLEMAS AMBIENTALES Y PSICOLOGÍA AMBIENTAL. REFLEXIONES PARA LA
CONSTRUCCIÓN DE UNA PSICOLOGÍA DE LA SUSTENTABILIDAD EN ARGENTINA

PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica, vol. 3, núm. 2, 2011, pp. 96-106

Asociación para el Avance de la Ciencia Psicológica

Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=333127105006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PROBLEMAS AMBIENTALES Y PSICOLOGÍA AMBIENTAL. REFLEXIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PSICOLOGÍA DE LA SUSTENTABILIDAD EN ARGENTINA

ENVIRONMENTAL ISSUES AND ENVIRONMENTAL PSYCHOLOGY. REFLECTIONS FOR THE CONSTRUCTION OF A SUSTAINABILITY PSYCHOLOGY IN ARGENTINA

Schelica Mozobancyk

Resumen: La psicología ambiental es un área de vacancia en Argentina. No obstante, a nivel internacional, e incluso en países de América latina presenta una rica y fructífera trayectoria, la que comenzó hace ya alrededor de cinco décadas. Constituye un campo interdisciplinario de estudio del comportamiento del ser humano en relación con su medio ambiente, sea natural, construido o social. El presente trabajo aborda una línea de investigación emergente dentro de esta subdisciplina, denominada psicología de la sustentabilidad, desde una mirada situada en América Latina.

Palabras clave: *Ambiente – Psicología Ambiental – Psicología de la Sustentabilidad – Argentina*

Abstract: Environmental psychology is a vacancy area in Argentina. It has, nevertheless a rich and fruitful development internationally and even in some Latin American countries. It's an interdisciplinary field that studies human beings behaviour in its environment, natural, constructed or social. Present work reviews an emerging research area within this discipline, called sustainability psychology, from a Latin American point of view

Keywords: *Environment – Environmental Psychology – Sustainability Psychology – Argentina*

INTRODUCCIÓN

La psicología ambiental es un área de vacancia en Argentina. No obstante, a nivel internacional (incluso en muchos países de América Latina) tiene una rica y fructífera trayectoria, la que comenzó hace ya alrededor de cinco décadas. Günter, Pinheiro y Souza (2004) la caracterizan señalando que “estudia el hombre en su contexto físico y social. Busca sus interrelaciones con el ambiente, atribuyendo importancia a las percepciones, actitudes, evaluaciones o representaciones ambientales, al tiempo que considera los comportamientos asociados a ellas” (p. 7)¹.

¹ Por una síntesis de la trayectoria de la psicología ambiental y de sus principales áreas de desarrollo ver Mozobancyk (en prensa).

Hacia la década de 1970 hacen eclosión en el “primer mundo” los problemas ambientales vinculados con los procesos de urbanización e industrialización aceleradas. Este tipo de problemáticas comienza a atraer la atención de los psicólogos ambientales y empieza a gestarse, entonces, una línea de trabajo específica dentro de la psicología ambiental, que el psicólogo ambiental mejicano Corral Verdugo (2010) ha descrito recientemente como *psicología de la sustentabilidad*. Esta denominación abre la posibilidad de pensar en la construcción de un corpus teórico que pueda dar cuenta de los aspectos psico-socio-culturales asociados a lo que se ha definido como *desarrollo sustentable* (DS).

En las páginas siguientes nos dedica-

remos a problematizar el concepto de DS y analizar las contribuciones que, al logro de esta meta, puede realizar la psicología de la sustentabilidad desde una mirada situada en América Latina.

PROBLEMAS AMBIENTALES Y ESTILOS DE DESARROLLO

En la década de 1970, comenzó a advertirse la relación existente entre el “estilo de desarrollo”² dominante en los países capitalistas avanzados de occidente y los problemas ambientales. Los modelos científicos anticiparon que, de no modificarse las tendencias existentes, el planeta colapsaría entre los años 2050 y 2100 debido a la explosión demográfica, el agotamiento de los recursos naturales y una magnitud de producción de desechos que superaría la capacidad del ambiente para metabolizarlos (Meadows, Meadows, Randers, & Behrens, 1972).

Para muchos resultó claro que el modelo de desarrollo imperante, impulsado por la economía de mercado, estaba en el origen de los problemas ambientales. El crecimiento económico ilimitado (perpetuo) —que implica un crecimiento constante de la producción y el consumo—, la lógica de maximización de las ganancias y el aumento de la acumulación de capital, son premisas intrínsecas a dicho modelo. En este marco, la riqueza se define como un aumento del consumo de alimentos, bienes y servicios y, por ello, el indicador económico por excelencia utilizado es el PBI (producto bruto interno) (Common, & Stagl, 2008).

Los propulsores de la economía de mercado neoliberal lograron imponer este modelo económico como el ideal a alcanzar por todos los países del mundo. Pero tal modelo de “desarrollo” es incompatible tanto con las leyes de funcionamiento de los sistemas ecológicos como con la aspiración humanista de distribución justa y equitativa de recur-

sos. Según reporta la Organización Panamericana de la Salud en los últimos 45 años el consumo de cereales, bovinos y agua se ha triplicado, en tanto que el de papel se ha multiplicado por seis y el uso de los combustibles fósiles ha crecido cuatro veces, al igual que las emisiones de CO₂ (OPS, 2000).

La demanda de la humanidad sobre los recursos del planeta excede actualmente la capacidad regeneradora del mismo en cerca del 30%. Si nuestras demandas continúan a este ritmo, a mediados de la década de 2030 necesitaremos el equivalente a dos planetas Tierra para mantener el actual estilo de vida (World Wildlife Fund [WWF], 2008). Estas cifras de crecimiento esconden grandes inequidades en la utilización de recursos y en la producción de residuos. Por otro lado, el incremento del consumo no es equivalente en los distintos segmentos socioeconómicos, sino altamente inequitativo: la quinta parte más rica de la población ha duplicado su consumo per cápita de energía, carne, madera, acero y cobre y cuadruplicado el número de automóviles, mientras que el consumo per cápita de la quinta parte más pobre prácticamente no ha crecido en los últimos 45 años (OPS, 2000). Así, los países industrializados avanzados de hoy son sociedades del desperdicio, que sostienen el crecimiento económico siempre creciente llevando al máximo la velocidad a la que usan y derrochan los recursos materiales y energéticos del planeta (Tyler Miller, 1994).

La problemática ambiental así planteada queda definida como intrínsecamente política, en tanto que sus causas no son “ecológicas”, sino sociales, y se relacionan con un modelo de acumulación económica y de distribución injusta de la riqueza y del poder.

EL DESARROLLO SUSTENTABLE

El desarrollo sustentable surge como una propuesta de desarrollo alternativo al modelo basado en el crecimiento económico. La primera definición del concepto la formuló la Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo (CMMAD) de las Naciones Unidas

² Una síntesis y referencias bibliográficas respecto a la discusión de la noción de “Estilos de Desarrollo”, incluido el desarrollo sustentable se presenta en Mozobanczyk (2001).

en 1987: “Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias” (Organización de las Naciones Unidas, [ONU] CMMAD, p. 29).

Los debates posteriores giraron en torno a cómo lograr, efectivamente, esta meta. Dentro de estos debates se inscriben hoy propuestas que postulan que es posible lograr un DS en el marco del actual modelo de mercado neoliberal (haciendo los ajustes necesarios que permitan valorizar monetariamente de un modo correcto los recursos y servicios ambientales), como es el caso del *Informe Stern* (2007) respecto al cambio climático, por ejemplo, y otras propuestas que postulan que el actual modelo económico es intrínsecamente incompatible con la posibilidad de lograr un DS. Estas últimas corrientes han clasificado la posición de las primeras como una “sustentabilidad débil”³, mientras que en una concepción de “sustentabilidad fuerte” se enroлан los teóricos del “decrecimiento”⁴ los propulsores del “buen vivir” en Latinoamérica (cf. Acosta, 2010) y escuelas como la ecología política y la ecología ecológica.

El DS es una formulación propositiva, esto es, una propuesta de estilo desarrollo hacia el cual deberíamos encaminarnos. Pero dado que, hasta el momento, ninguna sociedad se ha organizado bajo tal estilo de desarrollo⁵, nadie sabe si es posible lograrlo ni cuál es el derrotero para conseguirlo. El

DS es, en este sentido, una utopía.

Los autores que llamaron por primera vez la atención sobre los límites del crecimiento, en un trabajo posterior (Meadows, Randers, & Meadows, 2004) señalan que la crisis ambiental que hoy debemos manejar es inédita, pues confronta a nuestra sociedad con una serie de cuestiones que nunca antes ha experimentado nuestra especie a escala mundial. Destacan que la gravedad de la crisis está relacionada, justamente, con el hecho de que, en términos sociales carecemos de la perspectiva, las normas culturales, los hábitos y las instituciones necesarias para afrontarla (citado por Corral Verdugo, 2010, p. 77).

El DS se propone como un estilo de desarrollo que pueda compatibilizar los aspectos ecológicos, económicos, socio-culturales y político-institucionales del desarrollo. Ello implica atender, simultáneamente, a un desarrollo económico que permita satisfacer las necesidades humanas, a la equidad social, al respeto por la cultura de cada pueblo, a los límites de los sistemas ecológicos y a los mecanismos político-institucionales que permitan operar este cambio en el marco de un sistema democrático.

DESARROLLO SUSTENTABLE: IMPLICANCIAS PARA LA PSICOLOGÍA AMBIENTAL

Desde la psicología ambiental podemos preguntarnos qué características psicológicas y psicosociales son compatibles (o necesarias) para contribuir a la construcción de una sociedad sustentable. Por supuesto que, al igual que ocurre con los debates económicos, también desde la psicología podemos encontrar posturas diversas en relación a este interrogante.

Problematicaremos esta cuestión adhiriendo a una perspectiva de sustentabilidad fuerte y situando la mirada desde una óptica latinoamericana. Acotaremos la exposición (por razones de espacio) a los elementos que están contenidos explícitamente en la definición de DS.

³ Un análisis de las interpretaciones y reformulaciones que sufrió el concepto de Desarrollo Sustentable en la décadas posteriores a su formulación se presenta en Gudynas (2010).

⁴ La base de estas teorías se encuentra en los trabajos de Georgescu-Roegen a quien se considera, también, padre de la economía ecológica.

⁵ Por supuesto que incluimos en esta consideración a las sociedades de los pueblos originarios que, al constituir sociedades pre-capitalistas y pre-industriales (o no capitalistas y no industrializadas) no tuvieron que afrontar los desafíos de la sustentabilidad. Como la flecha del tiempo tiene un solo sentido y avanza hacia el futuro, no podemos volver la historia atrás y suponer que la solución al dilema de la sustentabilidad sea volver a un estado pre-capitalista o preindustrial sino que la única posibilidad es construir un nuevo estilo de desarrollo a partir del punto en que nos encontramos hoy.

La noción de necesidades

La definición de DS involucra la noción de satisfacción de las "necesidades" humanas. El concepto de "necesidad" ha sido uno de los más ampliamente discutidos en el marco de la psicología y es una referencia obligada en el edificio conceptual de la economía.

Se plantea, entonces, la pregunta ¿cuáles son las necesidades humanas que deben poder satisfacer las presentes y las futuras generaciones? La economía neoclásica ha definido las necesidades humanas como infinitas. A partir de allí se construye lo que estos economistas denominan "el problema económico básico" que consiste en "la necesidad de la asignación o distribución de recursos escasos (finitos) para necesidades que son infinitas" (la traducción es mía, Jackson, Jager, & Stagl, 2004, p. 5). Desde este corpus teórico, entonces, la insaciabilidad es, por un lado, un rasgo inherente al comportamiento del consumidor y, por otro, la tesis ideológica central de la economía, que sostiene, a la vez, todo el edificio de la sociedad de consumo (Jackson et al., 2004).

Desde una visión marxista, por el contrario, la producción produce el consumo, puesto que la misma provoca en el consumidor la necesidad de productos que ella misma ha creado. Entre producción y consumo hay una determinación recíproca, pues sin producción no hay consumo y, por otra parte, el consumo retroalimenta la producción (puesto que nadie produciría un producto que no fuera a ser consumido) (Marx, 1987).

En el contexto de una economía de mercado el crecimiento económico depende necesariamente del consumo: la contracara del estilo de desarrollo basado en el crecimiento económico ilimitado, es el estilo de vida consumista. Corrientes recientes, representadas por sociólogos como Baudrillard y Bauman han venido a cuestionar los enfoques teóricos basados en el concepto de "necesidad" postulando que los bienes materiales adquieren valor para las personas, no sólo por que satisfacen necesidades "objetivas", si no por el significado simbólico que adquieren.

Este significado es socialmente (y no sólo personalmente) construido en el marco de la sociedad consumista.

La importancia simbólica de los bienes materiales radica en que comunican acerca de las características personales. El consumo, de este modo, juega un importante papel en la definición de la identidad personal y en la mediación de las relaciones interpersonales. El estilo de vida "consumista" es propuesto por la sociedad, entonces, como un modo de definir la identidad personal y la afiliación social.

Para Bauman (2007) el consumismo es un tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos o anhelos humanos, en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad. La sociedad consumista interpela a sus miembros en cuanto a su capacidad como consumidores y evalúa, recompensa y penaliza a los mismos según la rapidez y calidad de su respuesta a dicha interpelación. De este modo "consumir" significa invertir en la propia pertenencia a la sociedad, en lo que hace al valor social y la autoestima individuales.

La cultura consumista es introducida en todas las sociedades del mundo a partir de muy bien planeadas estrategias de marketing y publicidad. El fomento indiscriminado del consumo se apoyada en la estrategia denominada "obsolescencia planificada", la cual consiste en lograr que los objetos queden tecnológica o psicológicamente obsoletos rápidamente, para que sean descartados y reemplazados por otros nuevos. La obsolescencia psicológica, en particular, fue tempranamente señalada por Packard (1961) e implica que los objetos pierdan su atractivo simbólico aunque desde el punto de vista operativo continúen cumpliendo con sus funciones perfectamente.

A partir del desarrollo conceptual hasta aquí realizado se hace evidente que lograr lo que se ha denominado patrones de "consumo sustentable" no sólo implica la modificación de valores, actitudes y comportamientos individuales, sino que involucra el cambio de estructuras económicas y jurídicas que pue-

dan facilitar esta transición cultural. Desde una perspectiva psicológica, entonces, facilitar esta transición implica la necesidad de intervenir, sinérgica y dialécticamente, sobre aspectos individuales a la vez que sobre aspectos psicosociales, comunitarios y políticos de los ecosistemas humanos.

Equidad intrageneracional

La noción de equidad intrageneracional es inherente a la propuesta de DS. Implica que todos los pueblos que comprenden la actual generación deben tener acceso a los bienes y servicios que les permitan satisfacer sus necesidades. Así, es inadmisibles el sobreconsumo de una parte de la población de la Tierra, mientras que otra parte apenas puede acceder a bienes absolutamente básicos que garantizan la subsistencia (como agua o alimentos) o a otros que hacen a la dignidad de la calidad de vida humana como la salud, educación, oportunidades económicas, participación política y servicios culturales.

El ingreso económico mundial está altamente concentrado. Por tomar el ejemplo de Estados Unidos, este solo país, con alrededor del 5% de la población mundial, concentra cerca del 30% del ingreso mundial (Ehrlich, & Ehrlich, 2004 citado por Corral Verdugo, 2010), mientras que, en el otro extremo, casi tres mil millones de personas viven con menos de dos dólares al día.

La literatura en psicología ambiental ha puesto de relieve la relación existente entre los valores que sostiene una sociedad y sus prácticas de cuidado ambiental. En este sentido, es revelador, nuevamente, el caso de EE.UU., en tanto país emblemático que ha asumido todas las premisas de la economía neoliberal, incluyendo el libre mercado y el estilo de vida consumista. La investigación sobre los valores en este país ha puesto en evidencia que, en términos generales, las personas allí sostienen valores fuertemente centrados en la superación personal (self-enhancing): competitividad, éxito personal, esfuerzo de logro, independencia de criterio y elección de las propias metas. Dos de los

principales valores que sostienen los norteamericanos son el ser bien ajustado ("encajar" bien en la sociedad) y ser capaz de tomar ventaja de las oportunidades (Schultz, & Zelezny, 2003).

Estos autores encontraron, en estudios internacionales, que valores similares son compartidos por otros países occidentales como Canadá y los de Europa occidental. Podemos postular, entonces, que dichos valores son propios de lo que llamamos países de capitalismo avanzado.

Este tipo de valores han sido claramente identificados como incongruentes con la preocupación hacia el ambiente y el comportamiento proambiental en distintas investigaciones y aparecen como opuestos a valores altruistas y biosféricos.

Por otra parte, los estudios han encontrado que la personalidad, actitudes y comportamientos de las personas difieren grandemente en culturas que sostienen valores "colectivistas" respecto de aquellas donde predominan los valores individualistas. En las culturas colectivistas las personas consideran que el ser del grupo debe orientar las creencias y el comportamiento de los miembros. Por el contrario, la auto-determinación caracteriza las culturas individualistas, en las cuales se considera que cada persona debe determinar o elegir sus propias creencias y comportamientos (Sarigöllü, 2009).

Está claro que el manejo sustentable de los recursos naturales requiere que los mismos sean entendidos como bienes comunes que deben ser gestionados de acuerdo a intereses colectivos, bajo principios de equidad, cooperación, participación, etc.

Evidentemente, es difícil imaginar instalar estos valores en los países capitalistas avanzados, dado que los valores no se desarrollan en el vacío, sino en contextos sociales, económicos y políticos que los promueven. Estos contextos, a su vez, son mantenidos y reproducidos por los comportamientos y prácticas de sujetos que, recíprocamente, actúan guiados por tales valores. Desde este punto de vista, valores personales y sociales y estructura económico-social deben,

una vez más, pensarse como aspectos de un mismo proceso. La cultura, en sí misma, es resultado de procesos de intercambio permanente entre las personas y su ambiente (Beat, & Wettstein, 2010).

Volviendo al trabajo antes mencionado, Schultz —uno de los más reconocidos psicólogos ambientales a nivel internacional en el estudio de los valores en relación al comportamiento proambiental— allí reflexiona sobre cómo resolver la contradicción entre la necesidad de que los norteamericanos pongan en práctica comportamientos proambientales y el tipo de valores imperantes en la sociedad (incompatibles con tal propósito), destacando que la población es refractaria a los mensajes y campañas mediáticas proambientales:

“El movimiento ambiental en Estados Unidos ha golpeado duramente el estilo de vida predominante de los norteamericanos (materialismo, búsqueda de la riqueza personal, desarrollo centrado en lo individual) [...] La protección ambiental ha sido encuadrada como requiriendo sacrificios —la conservación requiere usar menos, vivir de un modo más simple, resignar algo del confort que tenemos disponible y generando inconvenientes— para lograr una meta más general. [...] Las personas que tienen valores egoístas [...] no serán motivadas por apelaciones al altruismo” (la traducción es mía, pp. 130-131).

Y más adelante sintetiza: “mientras que hay considerable evidencia que la gente en Estados Unidos es conciente de muchos problemas ambientales, que expresan preocupación por estos problemas y que creen que se debería hacer algo al respecto, no están en absoluto dispuestos a resignar su conveniencia o confort para resolver el problema”. ¿Cuál es la solución, entonces, que este reconocido e inteligente autor encuentra para este dilema? Es una solución que, desde el hemisferio sur, resulta difícil de creer: “reencuadrar los mensajes ambientales para

hacerlos congruentes con los valores de los americanos” (Schultz, & Zelezny, 2003).

Dicha solución lleva implícita la casi total imposibilidad que Schultz advierte en modificar los valores que han sentado las bases de la “american way of life”. A tal punto que considera más probable y eficaz persuadir a los estadounidenses de que el cuidado ambiental les traerá beneficios que los ayudarán a continuar viviendo las vidas que conocen y que desean. Cambiar algo para que nada cambie. Conseguir algún grado de cambio de comportamiento individual que no implique poner en riesgo la continuidad del macrosistema.

El modelo de mercado neoliberal ha sido propuesto como el estilo de desarrollo ideal al que debemos tender los países aún no “desarrollados”. Es necesario estar advertidos que al encaminarnos hacia ese estilo de desarrollo, no sólo nuestro sistema económico, sino nuestros valores y comportamientos se transformarán en un sentido que nos alejará cada vez más de la meta del DS.

Desde una psicología de la sustentabilidad latinoamericana no debemos perder de vista la relación de construcción permanente y recíproca entre sistemas económicos, dinámica social, complejo cultural y valores, actitudes y comportamientos (individuales y colectivos).

Solidaridad intergeneracional

La definición de DS nos llama la atención sobre el hecho de que somos parte de una cadena intergeneracional. La consideración de “generaciones futuras” que deben recibir un planeta saludable que les permita satisfacer sus necesidades nos obliga a tomar compromisos en el presente para garantizar su futuro.

Actualmente vivimos en una sociedad “acelerada”. La sociedad consumista no sólo nos impulsa a consumir cada vez más, sino que nos impulsa a hacerlo a una velocidad cada vez mayor. La obsolescencia tecnológica o psicológica se produce en plazos cada vez más cortos. Por otra parte, una porción

importante de las innovaciones tecnológicas que llegan al mercado no sólo nos ayudan a ahorrar esfuerzos en las tareas de nuestra vida cotidiana, sino que nos ayudan a “economizar” tiempo (aspecto que ocupa un lugar central en la sociedad de consumo), tal vez para volcarlo en actividades que retroalimenten la carrera por la obtención de más ingresos económicos.

Se hace evidente que esta construcción subjetiva e intersubjetiva del tiempo (consumir rápido, consumir ya) no es compatible con el uso sustentable de los recursos naturales renovables, que tienen sus propias velocidades de regeneración, como tampoco lo es con la necesidad de aplazar el consumo de los recursos no renovables y preservarlos para las generaciones futuras.

Ritzer (1996) caracterizó un proceso que denominó “McDonalización de la sociedad”, tomando a la empresa Mc Donald’s como ícono de una sociedad donde impera lo efímero, lo descartable y lo rápido: el “fast food”. Por su parte, Gergen, fundador del construccionismo social, describió magistralmente los efectos que estos cambios tecnológicos y sociales producen sobre los aspectos psicológicos, en su libro *El yo saturado* (1992).

En el campo específico de la psicología ambiental, todavía contamos con pocos estudios que arrojen luz sobre la relación entre la orientación temporal de una cultura y su modo de vincularse con el ambiente. Sarigöllü (2009) encontró que una cultura tradicional orientada temporalmente hacia el pasado y hacia la conservación de las tradiciones (Turquía), mostraba actitudes más proambientales que una cultura orientada hacia la innovación y el futuro (Canadá). Estudios anteriores habían encontrado que las culturas tradicionales muestran una orientación temporal de “largo plazo” y consideran que preservar la historia y la naturaleza es importante, contrariamente a lo que ocurre en culturas orientadas hacia el futuro (Adler, 1986, citado en Sarigöllü, 2009). No obstante, otros estudios han mostrado algunos resultados contradictorios.

Desde una perspectiva construccionista, debemos señalar que el futuro no está predeterminado ni es inexorable, sino que es producto de las acciones que tomemos hoy. Esta idea ha sido utilizada en psicología ambiental bajo el concepto de “consideración de consecuencias futuras” (Strathman, Gleicher, Boninger, & Edwards, 1994) que se refiere al grado en que las personas consideran que los resultados futuros son reflejo de sus comportamientos actuales. Sin duda, esta es una noción interesante al momento de pensar las características psicológicas que posibilitarían un DS. No obstante, como es frecuente, la psicología ambiental tradicional omite el hecho de que, en cuestiones ambientales (muy especialmente), el futuro no se construye individualmente sino que, necesariamente, el DS entraña decisiones colectivas donde juegan un papel preponderante los poderes políticos, el rol del Estado y la capacidad de los distintos actores sociales de incidir sobre tal proceso. Es hacia esta construcción social del futuro que los psicólogos de la sustentabilidad en latinoamérica debemos sumar nuestros aportes. Afortunadamente, hay muchos puentes tendidos (e innumerables trabajos realizados) en este entrecruzamiento de saberes desde la psicología ambiental, la psicología política, la psicología económica y la psicología comunitaria que se orientan hacia dicha meta.

REFLEXIONES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PSICOLOGÍA DE LA SUSTENTABILIDAD EN ARGENTINA

A continuación, recuperando lo expuesto anteriormente, se realizan reflexiones en relación a aspectos importantes a considerar al momento de avanzar en el desarrollo de una psicología ambiental de la sustentabilidad en Argentina.

Desarrollar la agenda de psicología de la sustentabilidad en el marco del DS

La agenda de investigación e intervención de la psicología de la sustentabilidad debe ins-

cibirse en el marco del DS. No sería deseable que la psicología trabaje de forma aislada (muchas veces aun encapsulada en sus propias temáticas e intereses) como ocurre actualmente en tantos países.

Para articular los aportes de la psicología con las demandas del DS es necesario que el psicólogo ambiental tenga una formación básica pero sólida en el campo de las problemáticas ambientales y de los desafíos y alternativas existentes para el DS. En este sentido, el psicólogo de la sustentabilidad debe poder comprender el campo ambiental como un sistema socio-ecológico complejo (Gallopín, 2001; García, 2006) en el que convergen los aportes de las ciencias físicas, las naturales y las sociales, en un marco eminentemente interdisciplinario.

Desconocer la dinámica y complejidad de este campo puede conducir a realizar aportes simplificados, sesgados, erróneos o aun antagónicos con las propuestas del DS.

Desarrollar una agenda nacional propia, contextualizada y políticamente situada.

El DS presenta diferentes desafíos en distintos países del mundo (en particular en los países desarrollados respecto de los no desarrollados). Asimismo, existen diferencias entre distintas regiones del mundo, aun dentro de los países no desarrollados, al igual que ocurre al interior de las distintas regiones (por ejemplo, de nuestro propio país). Por ello, es necesario establecer cuáles son los problemas relevantes en cada contexto en que se desenvuelve la psicología de la sustentabilidad en el país.

Por el modo en que se enseña y se disemina el conocimiento científico en muchas de nuestras aulas universitarias, es fácil caer en la tentación o en la ausencia de cuestionamiento crítico, de adoptar, sin más, los conceptos, agendas y metodologías de investigación e intervención desarrollados en los países centrales, con consecuencias negativas para nuestro propio DS.

Un ejemplo servirá para clarificar esta idea. En su obra *Psicología de la Sustenta-*

bilidad, en el capítulo dedicado a los estilos de vida y consumo sustentables, el psicólogo mejicano Corral Verdugo expresa: "es fundamental estudiar las razones que generan el ímpetu consumista de personas, grupos y naciones. Además, es necesario averiguar si existe alguna dimensión psicológica que contrarreste el afán consumista de la humanidad." Seguidamente se pregunta "¿de dónde surge el impulso consumista en las personas?" (Corral Verdugo, 2010, p. 79).

Es difícil concebir que un psicólogo ambiental reconocido internacionalmente pueda plantear una pregunta ingenua a tal extremo. El autor omite por completo el análisis de los determinantes políticos y económicos de los comportamientos de consumo, aspectos que están totalmente ausentes a lo largo de todo su libro. Ignora los efectos de las estrategias de marketing de las empresas, el desarrollo de cuidadas y costosísimas campañas publicitarias, el "maquillaje verde", las estrategias de obsolescencia programada, las acciones ambientales de "responsabilidad" social empresarial (aun de las empresas más contaminantes del planeta), la utilización persuasiva del packaging, el etiquetado de productos, las políticas de fijación de precios y el enorme lobby que son capaces de ejercer sobre los gobiernos las grandes empresas (solas o reunidas en grupos corporativos) para evitar las regulaciones del Estado sobre sus prácticas industriales y comerciales, entre otros.

La cantidad de publicaciones científicas en el área del marketing y la publicidad que estudian modos de hacer del consumidor un agente reproductor de la economía de mercado podrían llenar bibliotecas completas. ¿Es posible que el autor mejicano desconozca todo este cuerpo de investigaciones? ¿Es posible que, trabajando en el campo de la sustentabilidad ambiental desde hace décadas, desconozca el accionar de enorme cantidad de empresas que cotidianamente entran en conflicto con la preservación del ambiente y de la salud humana?

El lector desprevenido que recorre el capítulo mencionado fácilmente puede llegar a la conclusión de que las elecciones de consu-

mo son responsabilidades individuales y que se dan en un vacío de contexto en el cual, cada quien toma sus propias decisiones (elige estilos de consumo sustentables o antiambientales) orientado, principalmente, por determinantes psicológicos que le son propios.

Igualmente preocupante es la idea de que el comportamiento (proambiental o antiambiental) varía según las “situaciones” o “escenarios” en que se desarrolla. La noción de situación o escenario aparece como un espacio estático y cristalizado en el que el sujeto está pasivamente inserto, siendo ajeno a la configuración del mismo. En psicología de la sustentabilidad necesitamos adoptar una perspectiva construccionista social que nos permita construir ciudadanos activos que, de acuerdo a una posición crítica y comprometida, se constituyan en agentes colectivos de la transformación social. Es por eso que no podemos aceptar la visión de un contexto social que meramente “está allí dado”, ni de un sujeto pasivo ante sus influencias.

La sustentabilidad no es una característica psicológica individual, sino que es una propiedad psico-socio-cultural. Los cambios sociales que conlleva el DS implican cambios inter-personales e inter-subjetivos. Aspecto no advertido por el mencionado autor que asume, sin más, que seremos sustentables cuando los individuos se comporten de tal modo.

En consonancia con estas reflexiones, los psicólogos ambientales necesitamos elaborar “nuestra propia agenda” de trabajo de acuerdo a intereses nacionales y regionales propios, evitando trasladar acríticamente los conceptos y metodologías desarrollados en los centros hegemónicos de producción y difusión del conocimiento científico, solidarios (con o sin intención de ello) con las estructuras que nos han conducido hasta -y que perpetúan- la situación crítica a la que la humanidad se enfrenta hoy día.

Orientar la investigación hacia la aplicación, la acción y la intersectorialidad

Lo dicho anteriormente deja suficientemente

clara la necesidad de orientarnos hacia una investigación aplicada (en contexto), o en procesos de tipo investigación-acción- participación que desarrollen modalidades de conocimiento transformadores de la realidad. Y que permitan un bagaje de experiencias que puedan luego ser recreadas (no replicadas) en otros contextos similares.

Articular los aspectos psicológicos individuales y subjetivos con los comunitarios, sociales, económicos y políticos.

Es necesario propiciar una integración entre la investigación, la praxis y la política, para lograr que la producción de nuestros conocimientos tenga un impacto social significativo rumbo a un DS. Para ello, es necesario articular las producciones tradicionales provenientes de la psicología ambiental (de la sustentabilidad) con los aportes de otras áreas de la psicología que están particularmente preocupadas por generar las transformaciones sociales que el DS requiere.

La psicología ambiental política realiza aportes a los aspectos psicosociales vinculados a la puesta en la agenda pública de temas ambientales, el fortalecimiento de actores sociales desaventajados que, habitualmente, no tienen acceso a los espacios de poder ni a la incidencia sobre la toma de decisiones, la canalización política de las demandas, la problematización de conflictos por la apropiación y distribución de los recursos naturales o físicos construidos y por los impactos diferenciales que, a partir de estos usos, reciben distintos grupos de la población, etc.

Es oportuno señalar que existen problemas ambientales que no pueden ser resueltos por la “sumatoria” de acciones individuales, sino que requieren de la acción colectiva organizada. Entre ellos podemos mencionar como casos emblemáticos y de rigurosa actualidad en nuestro país las discusiones en torno al cultivo de soja y la minería a cielo abierto.

El concepto de DS es intrínsecamente democrático, participativo, autogestivo

y centrado en la acción local (ICLEI, 1996; ONU, 2010). Los desarrollos de la Psicología Ambiental Comunitaria son imprescindibles en el marco de esta concepción. Podemos citar muchos ejemplos de estos enfoques en latinoamérica de los que, tal vez, la tradición de la psicología ambiental comunitaria venezolana sea un emblema, dado que lleva más de veinticinco años en este derrotero (Wiesenfeld, & Sánchez, 2009).

La psicología ambiental económica hace aportes hacia el establecimiento de nuevas modalidades de consumo sustentable. Entre ellas, el derecho de los ciudadanos a la información ambiental (etiquetado ecológico, información sobre el ciclo de vida de los productos, etiquetado de organismos genéticamente manipulados), lucha contra prácticas publicitarias desleales como el “maquillaje verde”, regulación de las publicidades que contengan mensajes que atentan contra el ambiente, reglas de comercio sustentable de los productos, entre otras.

Por último, si bien la educación ambiental no es un área de la psicología ambiental (ni viceversa), las dos disciplinas admiten múltiples vías de transferencia de conocimientos y de modalidades de intervención. No obstante, hasta ahora y lamentablemente, se han desarrollado casi como compartimentos estancos a nivel internacional, lo que impide su mutuo enriquecimiento.

PALABRAS FINALES

En la actualidad, y en el contexto de un estilo de desarrollo globalizado, gran parte de los sistemas ambientales se está deteriorando aceleradamente. El desarrollo sustentable aparece como un paradigma alternativo a ese estilo de desarrollo, configurando un nuevo campo de conceptualizaciones y problemáticas, esencialmente interdisciplinario, y que está demandando cada vez más el aporte de las ciencias sociales en general, y de la psicología, en particular. Necesitamos construir con urgencia una sociedad más solidaria, equitativa, cooperativa y respetuosa de la naturaleza.

La psicología de la sustentabilidad está en condiciones de hacer aportes valiosos a los urgentes desafíos que plantea el DS. Puede actuar en problemas vinculados a la movilidad y transporte, producción de residuos domiciliarios, uso sustentable del agua, uso eficiente de la energía, mejora de la calidad de vida urbana, preservación de los recursos naturales, adopción de estilos de vida y consumo sustentables, gestión ambiental en las empresas (públicas y privadas), entre otros. Posee aplicaciones en la formulación, implantación y evaluación de políticas públicas ambientales, la gestión ambiental, el desarrollo de programas y proyectos ambientales, la educación ambiental, las acciones de comunicación ambiental a través de los medios masivos y el desarrollo de estrategias de marketing ambiental.

La formación de psicólogos en esta área es una deuda que tienen todavía las universidades argentinas con sus estudiantes. Deuda que, estamos esperanzados, se salde con rapidez, debido a que los aportes que puede hacer la psicología a la construcción de un DS son cuantiosos y valiosos, y porque la tarea es enorme y el tiempo es, a juzgar por las tendencias, cada vez más escaso.

REFERENCIAS

- Acosta, A. (2010). El Buen (con) Vivir, una utopía por (re)construir: Alcances de la Constitución de Montecristi. *Otra Economía*, 4, 8-31.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beat, T., & Wettstein, A. (2010). Perspectives on the person-environment relationship culture as the co-evolution of psychic and social systems: New perspectives on the person-environment relationship. *Culture Psychology*, 16, 213-241.
- Common, M., & Stagl, S. (2008). *Introducción a la Economía Ecológica*. Barcelona: Reverté.
- Corral Verdugo, V. (2010). *Psicología de la*

- sustentabilidad. *Un análisis de lo que nos hace pro ecológicos y pro sociales*. México: Trillas.
- Gallopín, G. (2001). *Science and technology, sustainability and sustainable development*. (ECLAC). Recuperado de <http://www.eclac.cl/dmaah/publicaciones/xml/7/10087/lcr2081i.pdf>
- García, R. (2006). *Sistemas complejos*. Barcelona: Gedisa.
- Gergen K. J. (1992). *El yo saturado*. Buenos Aires: Paidós.
- Gudynas, E. (2010). Desarrollo sostenible: una guía básica de conceptos y tendencias hacia otra economía. *Otra Economía*, 6, 43-66.
- Günther, H., Pinheiro, J. Q., & Guzzo, R. S. L. (Eds.). (2004). *Psicología Ambiental. Entendendo as Relações do homem com seu ambiente*. Campinas: Editora Alínea.
- ICLEI. (1996). *The Local Agenda 21 Planning Guide: An Introduction to Sustainable Development Planning by the International Council for Local Environmental Initiatives*. Toronto: Autor.
- Jackson, T., Jager, W., & Stagl, S. (2004). *Beyond insatiability: needs theory, consumption and sustainability*. (Working Paper No 2004/2) Surrey: Autor.
- Marx, K. (1987). *Introducción general a la crítica de la economía política*. México: Cuadernos de pasado y presente.
- Meadows, D. H., Meadows, D. L., Randers, J., & Behrens, W. (1972). *Los límites del crecimiento. Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meadows, D. H. Randers, J., & Meadows, D. L. (2004) *Limits to Growth-The 30 year Update*. Post Mills: Chelsea Green
- Mozobancyk, S. (2001). Psicología y ambientalismo. En E. Saforcada (Ed.), *El factor humano en la salud pública. Una mirada psicológica dirigida hacia la salud colectiva*. Buenos Aires: Proa XXI.
- Mozobancyk, S. (en prensa). Psicología Ambiental. Importancia en la Formación del Psicólogo. En *Libro del I Congreso Internacional, II Nacional y III Regional de Psicología*. Rosario. Universidad Nacional de Rosario.
- ONU, CMMAD (1987). *Nuestro futuro común*. Madrid: Alianza Editorial.
- ONU, División para el Desarrollo Sustentable (2010). *Agenda XXI para el cambio*. Recuperado de www.un.org/esa/sustdev/documents/agenda21/spanish/agenda21sptoc.htm
- OPS (2000). *La salud y el ambiente en el Desarrollo Sostenible*. Washington: Autor.
- Packard, V. (1961). *Los artífices del derroche*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ritzer, G. (1996). *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalización de la vida cotidiana*. Barcelona: Ariel.
- Sarigöllü, E. (2009). A Cross-country exploration of environmental attitudes. *Environment and Behavior*, 41, 365-386.
- Schultz, P. W., & Zelezny, L. (2003). Reframing environmental messages to be congruent with american values. *Human Ecology Review*, 10, 126-136.
- Stern, N. (2006). *The Economics of Climate Change. The Stern Review*. Londres: Cambridge University Press.
- Strathman, A., Gleicher, F., Boninger, D. S., & Edwards, C. S. (1994). The consideration of future consequences: weighing immediate and distant outcomes of behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 742-752.
- Tyler Miller, G. (1994). *Ecología y medio ambiente*. México: Grupo Editorial Iberoamérica.
- Wiesenfeld, E., & Sánchez, E. (2009). La psicología ambiental en Venezuela: del pasado al futuro. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 10, 303-329.
- WWF (2008). *Living Planet Report*. Recuperado de http://wwf.extranet.largeblue.net/LPR_2008.pdf.zip